

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA  
COLECCION DE FOLKLORE

---

**CORDOBA**

**4**

ESTACIÓN ALBERURÁ

Maestro ZAFINA F. DE ALVAREZ IGARZABAL Escuela N° 211

Fojas 8

OBSERVACIONES

---

---

---

---

---

---

---

---

---

---

16 SET.

LEYENDA DEL "AFRECHERO."

Vol. 211-  
Popular

Mañana de oro. Ambiente sereno, atmósfera quieta y diáfana de aire sutil. Reverbera el sol deslumbrante sobre el campo cubierto de vegetación amarillenta. La vejez de los prados es de oro.

Estamos en mitad de Julio. La intensa helada prolonga el sueño de la noche. Los pajaritos silenciosos se amontonan y esponjan su plumaje para recibir el sol en plena carne, junto a los inútiles nidos que la desnudez del árbol delata.

Son las siete y media y aún no se ha escuchado un trino. Muje la corriente del arroyo sobre el resplando declive, entre nubes de vapor.

De pronto, un ala rompe la gravitante niebla y un canto sonoro y enérgico, semejante al castañeteo de los crótalos andaluces, llena el anfiteatro del valle. Es la "caserita", el "hornero" de los portuarios, esa ave familiar e inteligente que enseñó, tal vez, al americano primitivo a construir su choza y abrirla junto al coposo árbol.

Parece ser aquella la diana de la tropa alada. Comienza la movilización: el "fordo" ensaya su ejercicio de voltes encaramándose sobre el afelpado lomo de los caballos; los "mistos", en bandada, pasan zumbando como centenares de guijarros arrojados por otras tantas hondas.

El "chingolo", "afrechero" para los cordobeses, de un solo golpe de ala, breve y nervioso, se pone en el suelo con las dos patitas juntas,

como un saltarín consumado. Contrasta su manera de andar con la de los otros pájaros, sobre todo con la de la "casquita", ese linaje de las "aves prudentes" de Sófoles que, con ademán coqueto arrastra la cola, echa la cabezita bruna hacia atrás, emergiendo el pecho, levanta alternativamente las patitas con coqueo militar y marca largos pasos.

El "afrechero" tiene su leyenda. Fue en los tiempos en que América estaba llena de hadas buenas, que tenían sus palacios en los cálices de las flores silvestres y eran sus geniecillos los pájaros inocentes, - en contraposición a la vieja Europa de los nervudos "Cambrinus", las brujas de Valpurgis y los barbados gnomos, olvidada de los cisnes blancos, las rubias Margaritas y las dulces Ofelias.

Abundaban los obispos de cliripá y virrecha, patriarcas majestuosos de aquella hermosa vida pastoril, que aún aguarda su Virgilio para cantar al molino de piedra, a la trilla con yeguas, al centauro intrépido, al telar primitivo y a la cornucopia irragotable, que Beres y Pomona llevaban sin recesidad de trilladoras e injertos.

Un buen día el trovador de los crepusculos, nuestro Santo Vega, el "afrechero", se sintió prendado de la "moujita", la blanca y silenciosa avecilla que aparecía de vez en cuando delicadamente posada sobre el delgado Tallo de las granineas, en que halla su sustento.

La moujita, no encontrando abiertas las puertas del convento, mantenía el fuego votivo en el corazón. Era púdica y casta "ex-voto" intimo.

Adivinábanse en las negras manclitas, que aquí y acullá esmaltan su cuerpo, las huellas del cilicio. "El Señor" ya la tenía para sí y grave riesgo correría quien osara disputársela.

Era una de estas manauitas serenas. Sonaba la campana, llamando a la misa del Domingo, en la rosada capillita construida con limbol y barro, en cuya puerta moría el arenoso caminito serrano. Los sencillas fentes acendian de todos los rumbos, luciendo sus mejores trapitos.

El "afrechero", como buen creyente, iba presuroso con su ponchito "puyo" color café, sus bombachas grises, ufano y contento, cuando todavía el estadista no había traído a "Juan sin Ropa", el gorrion voraz que desalojó al espiritual chingolo, probando la verdad de la ley de Malthus.

Abria su entrada el templo a breve distancia de nuestro héroe, cuando por un senderito, de esos que vienen de traviesa por el bosque, apareció la "moujita" bella, cándida y sencilla como la ilusión del freudado "afrechito", hallándose de improviso los dos cara a cara.

Repetió el galán por centésima vez su reclamo amoroso. Prodió los notes de su garganta en la infente armonía de aquellos trémolos con que Orfeo ablandara a los infernos, pero no se conmovió la rígida tesura de la "moujita", quien desvió el paso y con desdénoso gesto, penetró a la capilla cuando el sacerdote aparecía en el altar con las oblaciones en la mano.

Un coro de estridentes gritos burlones, entre los que se destacaban el acento de bandurria

del "cacholote" y el "bicho feo" del "pito juan", produ-  
jo una algarabía fenomenal e irreverente en  
aquel sitio.

Exasperado el despecto hasta la ira, el "afrecherito"  
echó mano a la cintura buscando el cuchillito,  
que aquel día por ser dedicado a Dios no se  
hallaba allí como de costumbre. Le revol-  
vió sobre sí mismo, con desafiante ademán,  
mirando a todos con unos ojos inyectados  
en sangre (desde entonces sus pupilas se tornaron  
rojas) y con súbita resolución montó de un  
salto sobre la pértiga de la que pendía la can-  
pana. Acudió a su mente la hazaña de San-  
son y, multiplicando sus fuerzas hasta las de  
un titán, dió una, dos, tres, cien sacudie-  
das violentas sobre el leño incrustado en la  
endeble muralla, hasta que, en un supremo  
arrazque, crujió la "cumbra", cedieron los "va-  
rejones", se rajaron las paredes de barro resaca  
y se desplomó el techo estrepitosamente.

Todos los ecos de la catástrofe se confun-  
dieron en uno solo: ayes, lamentos, invoca-  
ciones, yesos que se rompían en el artesonado  
del altar, entre el sordo retumbar de los blo-  
ques de Tierra.

Todos los circunstantes quedaron como petri-  
ficados de terrores. Uno solo, de entre ellos, seji-  
o junto, mal entrajado, de oscuro ropaje, de alije-  
ro andar, jiboso como el avaro, se adelan-  
tó del corro y, sacando un cuchillo moloso y  
ruin, descargó una lluvia de tajos sobre el  
"afrecherito", que había quedado tendido sobre  
los escombros. Era el "pijui" taciturno y mis-  
terioso, que, enseguida, desapareció sin que lo  
advirtiera el "pecho colorado", comisario del  
pago, que llegaba recién y el cual, después

de remachar un par de grillos en los Tobillos del "afrechero", salió en inútil persecución del heridor.

En balde la justicia humana busca al "piguí", mientras el mismo se acusa gritando de entre el laberinto de los breñales oscuros: "Yo fui!! Yo fui!!"

Desde entonces, condenado a ser otro Ashavero, vaga el "afrechero", desheredado sin poder apartar los Tobillos <sup>de su vida a solados!</sup> y con dos rojas franjas por gorguera.

Y en los días serenos, cuando "sobre las hierbas, al través del temblor de los sauces, sobre las aguas, sobre los pistilos, sobre los flores y sobre los surcos, vuela el enjambre de besos que se llaman mariposas", al decir de Hugo; cuando las voces de la naturaleza se escuchan con mayor claridad, levantándose súbitamente de entre los verdes matorrales macollados grita el "pecho colorado", desesperando de atrapar al "piguí", su sentencia de autoridad rural: "mátemlo con cuclii--- elito no-más".....

El viajero extraviado, que pernocta en el bosque, suele sentir sobresalto al escuchar un silbido, cada vez más próximo, como señal de cuadrilleros en acecho.

No te alarmes cristiano: es el alma de la "monzita". Cuando venga el día sentirás los diálogos de los "afrecheros", mientras voltean por el aire como los grajos de Brehm y ellos harán renacer en tu espíritu el ansia de vivir entre el cielo azul y la Tierra en quimaldada.

Zafira F. de Alvarez Ugazabal  
Directora de la Escuela Nacional 211-  
Estación Abburá (F.C.C.). Julio de 1921. —

xv

4

Alvarez Igarzabal, Z. F. de

Córdoba

~~Coppia~~

de

Caja 18

5

(Debe ser caja 20 bucos)

aunque no es ornamental

Fol. Klórida Córdoba

4/11/1960

Localidad: Estación Albuera

Escuela: N° 244

Directora: Rufina F. de Alvarez Igarzabal

### Legenda del "Apechero"

Mañana de oro. Ambiente sereno, atmósfera quieta y diáfana de aire sutil. Reverbera el sol deslumbrante sobre el campo cubierto de vegetación amarillenta. La rejez de los prados es de oro.

Estamos en mitad de Julio. La intensa helada prolonga el sueño de la noche. Los pajaritos silenciosos se amontonan y esponjan su plumaje para recibir el sol en plena carne, junto a los inútiles nidos que la desnudez del árbol delata.

Son las siete y media y aún no se ha escuchado un trino. Muje la corriente del arroyo sobre el rispido declive entre nubes de vapor. De pronto un ala rompe la gravitante niebla y un canto sonoro y enérgico, semejante al castañeteo de los crótalos andaluces, llena el anfiteatro del valle. Es la "caserita", el "hornero" de los portenos, esa ave familiar e inteligente que enseñó, tal vez, al americano primitivo a construir su choza y abrigo junto al coposo árbol.

Parece ser aquella la diana de la tropa alada. Comienza la movilización. el "tordo" ensaya su ejercicio de voltes encaramándose sobre el afelpado lomo de los caballos; los "mistos", en bandada, pasan zumbando como centenares de quijarros arrojados por otras tantas hondas.

El "chingolo", "apechero" para los cordobeses, de un solo golpe de ala, breve y nervioso, se pone en el suelo con las dos patitas juntas como un saltarín consumado. Contrasta su manera de andar con la de los otros pájaros, sobre todo con la de la "caserita", ese imulo de las "aves prudentes" de Sófocles que, con ademán caqueto arrastra la cola, echa la cabezita bruna hacia atrás, emergiendo el pecho, levanta alternativamente las patitas con compás militar y marca largos pasos.



El "afechero" tiene su leyenda. Fue en los tiempos en que América estaba llena de hadas buenas, que tenían sus palacios en los cálices de las flores silvestres y eran sus geniecillos los pájaros inocentes, - en contraposición de la vieja Europa de los nervudos "lambrinus" las brujas de Valpurjio y los barbados gnomos, olvidada de los cisnes blancos, las rubias Margaritas y las dulces Ophias.

Abundaban los Esposos de chiupá y vincha, patriarcas majestuosos de aquella hermosa vida pastoril, que aún aguarda su Virgilio para cantar al molino de piedra, a la trulla con yeguas, al centauro entrepido, al telar primitivo y a la cornucopia inagotable, que Ceres y Pomona llenaban sin necesidad de trulladoras e injertos.

Un buen día el trovador de los crepúsculos, nuestro Santos Vega, el "afechero", se sintió prendado de la "monjita", la blanca y silenciosa arcilla que aparece de vez en cuando delicadamente posada sobre el delgado tallo de las gramíneas, en que halla su sustento.

La monjita, no encontrando abiertas las puertas del convento mantenía el fuego votivo en el corazón. Era púdica y casta "ex-voto" íntimo. Adivinábanse en las negras manchitas, que aquí y acullá esmaltan su cuerpo, las huellas del cilicio "El Señor" ya la tenía para sí y grave riesgo corría quien osara disputársela.

Era una de estas mañanitas serenas. Sonaba la campana, llamando a la misa del Domingo, en la rosada capillita construida con simbol y barro, en cuya puerta moría el arenoso caminito serrano. Las sencillas gentes acudían de todos los rumbos, luciendo sus mejores trapitos.

El "afechero" como buen creyente, iba presuroso con su ponchito "puro" color café y sus bombachas grises, ufano y contento, cuando todavía el estadista no había traído a "Juan Bin Ropa", el gorrion voraz que desalojó al espiritual chingolo, probando la verdad de la ley de Malthus.

Abría su entrada al templo a breve distancia de nuestro héroe, cuando por un senderito, de esos que vienen de travesía, por

el bosque, apareció la "monjita" bella, candida y sencilla como la ilusión del prendado "afecherito", hallándose de improviso los dos cara a cara.

Repetió el galán por centésima vez su reclamo amoroso. Prodigó las notas de su garganta en la injente armonía de aquellos trémolos con que Orfeo ablandara a los infiernos, pero no se conmovió la ríjida tesura de la "monjita", quien desvió el paso y con desdenoso gesto, penetró a la capilla cuando el sacerdote aparecía en el altar con las oblacones en la mano.

Un coro de estridentes gritos burlones, entre los que se destacaba el acento de bandurria del "cachalote" y el "bicho feo" del "peto juan" produjo una algarabía fenomenal é irreverente en aquel sitio. Exasperado el despecho hasta la ira, el "afecherito" echó mano a la cintura buscando el cuchillito, que aquel día por ser dedicado a Dios no se hallaba allí como de costumbre. Se revolvió sobre si mismo, con desafiante ademán, midiendo a todos con unos ojos inyectados en sangre (desde entonces sus pupilas se tornaron rojas) y con súbita resolución montó de un salto sobre la púrtiga de la que pendía la campana. Acudió a su mente la hazaña de Sansón y multiplicando sus fuerzas hasta las de un titán, dió una, dos, tres, cien sacudidas violentas sobre el leño incrustado en la endeble muralla, hasta que, en un supremo arranque, crujió la "cumbra" cedieron los "rajonos", se rasgaron las paredes de baco reseco y se desplomó el techo estrepitosamente.

Todos los ecos de la catástrofe se confundieron en uno solo: ayes, lamentos, invocaciones, yesos que se rompen en el artesonado altar, entre el sordo retumbar de los bloques de tierra.

Todos los circunstantes quedaron como petrificados de terror. Uno solo de entre ellos, cejijunto, mal entrazado, de oscuro ropaje, de aligero andar, giboso como el avaro, se adelantó del coro y, sacando un cuchillo mohoso y ruin, descargó una serie lluvia de tajos sobre el "afecherito", que había quedado tendido sobre los escombros. Era el "pujui" taciturno y misterioso, que, en sequida, desapareció sin que lo advirtiera el "pecho colorado" comisario del pago, que llegaba recién y el cual, despues de remachar un

par de quillos en los tobillos del "afechero", salió en inútil persecución del herido.

En balde la justicia humana busca el "píjuí", mientras el mismo se acusa gritando de entre el laberinto de los breñales oscuros: "¡Yo fui!... ¡Yo fui!!".

Desde entonces, condenado a ser otro Asharero, vaga el "afechero" desheredado sin poder apartar los tobillos y con dos ~~mariposas~~ franjas por gorguera ..... En los días serenos, cuando "sobre las hierbas, al través del temblor de los sauces sobre las aguas, sobre los pistilos, sobre las flores y sobre los surcos, vuela el enjambre de besos que se llaman mariposas", al decir de Hugo cuando las voces de la naturaleza se escuchan con mayor claridad, levantándose súbitamente de entre los verdes matorrales macollados grita el "pecho colorado", desesperando de atrapar al "píjuí" su sentencia de autoridad rural: "matenlo con cuchillo ..... llito no-más".....

El viajero extraviado, que pernocta en el bosque, suele sentir sobresalto, al escuchar un silbido, cada vez más próximo, como señal de cuadrilleros en acecho.

No te alarmes cristiano: es el alma de la "monjita". Cuando venga el día sentirás los diálogos de los "afecheros" mientras voltean por el aire como los grajos de Brehen y ellos harán renacer en tu espíritu el ansia de vivir entre el cielo azul y la tierra enquistada.